

lidad idéntica, el candor parecido, la timidez análoga, la inocencia semejante. ¡Cuántas veces, al verlos jugar en confundida alegría, tenemos que preguntar á las madres si son niños ó si son niñas!

Pero llega la pubertad, y sólo entónces aparece el varon; sólo entónces aparece la hembra.

La niña comienza á sentirse inquieta y turbada. Una tristeza casi dolorosa viene á dar á su rostro el colorido de la duda y esa especie de débil estupor que todo se lo hace mirar con púdica desconfianza. La vista del hombre es lo único que, sin comprenderlo todavía, modera y templea sus vagas, indefinidas y virginales zozobras.

El niño adquiere una voz algo más grave. Sus facciones pierden sus redondeadas líneas para tomar forma más pronunciada; comienza á apuntar el bozo; los músculos adquieren consistencia, los brazos más fuerza, y el alma conoce por primera vez el entusiasmo. La vista de la mujer da entónces energía al pensamiento, y la timidez, ántes comun con la hembra, se torna en un valor que hace desear los peligros y los combates.

Ya quedan los dos séres clasificados. Para cada cual sus funciones. Para la hembra, la maternidad. Para el hombre, la defensa, el cuidado, la vigilancia en aquella situacion de donde ha de brotar un nuevo individuo para la especie. De aquí la idea de familia. De aquí tambien la intimidad engendrada por el trato,

por las afecciones mutuas, por las confidencias, por los servicios recíprocos, por el hábito mismo. De aquí, por último, en la especie humana el matrimonio, porque las atracciones existen, no tan sólo en el órden físico, sino en el moral. ¿Para qué tendríamos si no la superioridad de inteligencia?

Así es que en la humanidad, no tan sólo es el amor atraccion de los sentidos materiales, sino tambien atraccion de las facultades del espíritu. La meditacion tiene que completarse con el sentimiento, la fuerza de concepcion y de raciocinio ha de ser contenida en sus abstractos y cavilosos impulsos por la claridad de comprension y por el sentido moral de penetracion rápida aplicado á las necesidades de la vida.

Pero fuera de esas distinciones secundarias, derivaciones de una misma fuente, fuera de las cualidades que cada cual posee para fines especiales, la inteligencia en ambos séres tiene su peculiar elevacion, como sucede entre los hombres mismos que se diferencian por sus aptitudes, sin que un gran médico desdijese de un célebre abogado porque ni el uno ni el otro sirvieran para ejercer la profesion cambiada.

Y por lo mismo que esa diferencia de aptitudes existe, no sólo de varon á hembra, sino tambien entre los individuos de cada sexo, los grados de inteligencia pueden variar al infinito, hasta el punto

de haber hombres que sean inferiores á mujeres y viceversa, si bien debemos notar una cosa, y es que esas diferencias son menores de mujer á mujer que de hombre á hombre; de lo cual resulta, que si todas las hembras recibiesen la misma cultura de espíritu que todos los varones, aventajarian aquéllas á éstos en número de superioridades, por más que entre ese número no existiesen los tres ó cuatro genios que descollarian entre nosotros.

Me explicaré mejor. Recuerdo que cuando en mi juventud acudía á las aulas, había entre cien muchachos uno ó dos de una inteligencia que se elevaba á inconcebible altura, cuatro ó cinco sobresalientes, cinco ó seis regulares, algunos pasaderos. Los ochenta restantes eran completamente zotes, y sin embargo han llegado á servir para médicos y abogados.

Pues bien; entre cien niñas no habrá un genio, pero sí diez sobresalientes, quince regulares, veinte pasaderas.

Bien lo demuestran hoy en los Estados-Unidos aquellas escuelas donde, echando preocupaciones abajo, niños y niñas van á la misma clase, oyen al mismo maestro y reciben idéntica instrucción.

Casi estoy tentado por creer que la Naturaleza ha destinado el hombre para los trabajos mecánicos y para las altas direcciones que el progresivo perfeccionamiento de éstos exige; pero que la mujer des-

empeñaría mejor que nosotros en general las ocupaciones en que se requiere el ejercicio mental práctico por un lado, y la paciencia, así como la asiduidad, la perseverancia y cierto género de cuidadosa vigilancia por otro.

Bajo este punto de vista, pues, las profesiones debieran estar compartidas con arreglo á la aptitud especial de cada sexo. Para nosotros, las invenciones del vapor, de la electricidad, del telégrafo; para ellas, el desempeño de los servicios de concreta inteligencia que requiere la aplicación de esas invenciones. Para nosotros, los vuelos y extravíos del pensamiento que busca en la filosofía arcanos que no encontrará jamás; para ellas, el buen sentido de la sabiduría experimental, que tomando las cosas como las encuentra y sin cuidarse de si están bien hechas ó mal hechas, ó de si proceden de la creación A ó de la creación B, las aplica á las necesidades de la familia.

Para nosotros, todas las glorias que vamos á buscar en las conquistas y en los combates porque no nos parece bastante la tierra que pisamos; para ellas, las íntimas satisfacciones de la paz doméstica.

Para nosotros, el telescopio y el estudio de los astros, porque despues de no parecernos bastante la tierra que pisamos, no nos satisface tampoco el globo donde vivimos; para ellas, la administración, la contabilidad, las manipulaciones delicadas y las atenciones de realidad actual y positiva.

Para nosotros, las correrías mercantiles, las luchas de los negocios, las operaciones de fuerza y de ejercicio corporal; para ellas, los oficios sedentarios, las tareas oficinescas, la teneduría de libros, las artes liberales, la profesión médica, etc., etc.

¡Cómo! ¿Vamos á apartar á la mujer de su fregado, de su barrido, de los quehaceres de su casa, de los afanes domésticos?

¿No advertís, me direis, que la mujer concibe, que la mujer pare, que la mujer cria, que la mujer sufre ciertas crisis que alteran sus facultades y la inutilizan periódicamente?

¿Reparamos acaso en eso cuando se trata de nuestro regalo ó de nuestras distracciones? ¿No queremos primas donnas? ¿No queremos actrices? ¿No queremos bailarinas? ¿Pues por qué no han de ser también músicas, médicas, empleadas, carteras, telegrafistas, y otras mil cosas que les darian la independencia social de que hoy carecen?

¿Por qué no las consideramos útiles para todo eso, y sí para planchadoras, lavanderas, verduleras, estanqueras y guisanderas de plazuela?

¿Por qué las rebajamos, no sólo en su importancia para ciertos trabajos, sino en su valor moral, relegándolas á los oficios y empleos más bajos y secundarios?

¿Por qué en presencia de ellas, hipócritas que somos, las adulamos, nos quitamos el sombrero,

les cedemos el mejor lugar, les recogemos el abanico, les llevamos la sombrilla para luégo hablar de ellas con risa, mofa y hasta con difamacion?

¿Qué queremos que suceda con las mujeres? La Naturaleza les ha dado el amor, ha debido dárselo con más vehemencia que á nosotros, y sin embargo no se lo consentimos sino condicionalmente.

La Naturaleza les ha dado aptitudes y se las negamos.

Sólo queremos que sirvan para madres, y cuando sucumben á esta exigencia las denigramos, las humillamos, las escarnecemos.

Para ellas no es lícito lo que para nosotros sí.

Hacemos alarde de la depravacion. Más todavía. Nos glorificamos de extraviarlas, al paso que les exigimos que se ruborizen por la más mínima palabra de dudoso sentido, por la menor actitud equivocada, por la accion á veces más impensada é inocente.

¿Si contra esto se rebelan algunas, si conciben la idea de vivir vengándose con cautela ó sin ella, tenemos el derecho de deprimir al sexo entero con ultrajes, olvidando esa resignacion paciente con que generalmente han aceptado la mayor parte de las mujeres las condiciones impuestas por el gobierno de los hombres?

Si ha habido una Mesalina, hemos de recordar que tambien han existido una Paulina para abrirse

las venas por no sobrevivir á su esposo Séneca; una Eponina para pedir el mismo suplicio que su marido Julio Sabino despues de ocultarse con él durante nueve años en un subterráneo; una Leonor de Portugal para espirar de tristeza á la muerte de su consorte el rey Valdemaro III de Dinamarca; una Lucrecia para matarse celosa de su honra, y tantas otras que glorifican los anales de la caridad y de la civilizacion.

¿Si no les abrimos otro porvenir que el de pertenecernos con la contradictoria condicion de resistirnos, qué han de ser las unas sino desenfrenadas cortesanas, y las otras supersticiosas devotas buscando en la religion las amorosas expansiones de que las privamos?

¿Y si para nuestras distracciones y nuestras políticas contiendas hemos inventado los casinos y los cafés, abandonando la vida de familia, hasta dónde queremos que lleguen las virtudes de la mujer, esas virtudes para las cuales necesitan ser ángeles, es decir, superiores á nosotros?

¡Esas virtudes que les exigimos á ellas las débiles, no las queremos para nosotros los fuertes!

Nosotros podemos seducir ó dejarnos seducir, y contaremos la aventura en todos lados, y la llamaremos hazaña, y nuestros amigos nos aplaudirán, y todos juntos denigraremos á nuestras cómplices doncellas.

¡Ellas las llamadas por la Naturaleza á darnos á manos llenas toda su ternura, todo su amor, las despreciadas!

¡Nosotros los llamados á recoger esas delicias que anhelamos, los enaltecidos!

¡Ellas, las que obedeciendo á los mandatos de la creacion, ceden á nuestra solicitud y sacian nuestra pasion, ó la provocan si quereis, porque así lo manda el Criador del universo, son las que han de esconderse y avergonzarse!

¡Nosotros en agradecimiento pregonamos su deshonra y nuestro triunfo!

No son las leyes, pues, las que esclavizan á la mujer, sino las costumbres.

Las leyes no hacen más que señalar las atribuciones de cada uno en la sociedad matrimonial, atribuciones que se estipularian de comun acuerdo cuando no hubiese legislacion, atribuciones casi todas referentes al buen orden y á la administracion, y que no implican la idea de incapacidad para nadie. Y si subsiste todavía la indisolubilidad obligatoria, existe como progreso en garantía de la esposa, y como remedio de los males que engendraba el abandono casi siempre promovido por el esposo. Y habeis de saber que en vuestras citas relativas al período revolucionario durante el cual existió el divorcio en Francia, estais equivocados. Los matrimonios fueron disminuyendo en número, y los divorcios

crecieron. Más todavía. Ya no se ocupaban muchos de casarse siquiera. ¿Para qué? Así es que el registro civil era una mentira, porque los concubinatos estaban en mayoría.

Lo que esclaviza á la mujer, lo que le quita su valor social, es la consideracion en que la tenemos, no dentro del matrimonio, sino precisamente fuera de él. ¿Están esclavizadas por la ley las que sin estar casadas son juguete á cada paso de los embates de la vida, y víctimas libres de los hombres libres?

Tal cual es hoy la mujer, sería más vasalla fuera del régimen de las leyes actuales.

Lo que es necesario, por consiguiente, es modificar las costumbres, y esto tan sólo se conseguirá por la emancipacion intelectual y social de la mujer.

No hay, pues, superioridad ni inferioridad en absoluto del hombre con relacion á la mujer, ni de la mujer con relacion al hombre.

Lo que hay es una variedad ilimitada de cualidades y de aptitudes, que lo mismo se diversifica entre los varones que entre las hembras, con achaques físicos y morales peculiares de cada sexo segun sus funciones, pero que sólo causan perturbaciones transitorias.

Así como existen ojos negros, azules y de otros matices, buenás y malas pantorrillas, altas y bajas estaturas, pelos rubios y castaños, caras tristes, alegres, bobas, serias, candorosas, descaradas, y ros-

tros que toman conformaciones muy singulares, hay muchas especies morales de hombres y mujeres.

Hoy hombres malos y mujeres buenas, así como hay mujeres malas y hombres buenos.

Hay hombres que no saben para qué han nacido, y mujeres que ignoran para qué están en el mundo.

Hay hombres sabios, ignorantes, discretos, necios, hábiles, torpes, valientes, cobardes, temerarios, prudentes, sagaces, babiecas. Hay mujeres entendidas, tontas, vehementes, apáticas, diestras, estúpidas, atrevidas, medrosas, cuerdas, locas y otras muchas cosas más para todos los gustos.

Hay hombres que no aciertan á escribir una palabra con ortografía por más que se les meta la letra con sangre, al paso que otros lo comprenden todo al vuelo. Hay asimismo mujeres que nunca saben hablar ni escribir medianamente, al paso que otras nos ganan en pureza de lenguaje.

Hay hombres que van por la calle convertidos en títeres y figurines, palpándose la corbata, mirándose de arriba abajo y tomando actitudes de mujer. Hay hembras que andan con majestad varonil y serio continente.

Hay rubias lindísimas que despiden de sus ojos destellos de delicioso amor; hay otras que inspiran respetuoso recato.

Hay morenas que admiran y detienen por una majestuosa belleza que dicta sentimientos puros y

castos, y las hay que conmueven y exaltan los sentidos con su gracia en el andar y su gracejo en el decir.

Hay mozos que hacen reir y otros que hacen llorar.

En unos y en otras hay fealdades y entes que hacen muecas y contorsiones de géneros diversos. En otras y en unos hay hermosuras y formas y ademanes que atraen y seducen.

Hay mujeres que se prostituyen y hombres que se venden.

Hay hombres que se imponen y hombres que ceden, así como hay mujeres terriblemente furiosas y mujeres mansas como delicadas palomas.

Hay maridos que mandan y maridos que obedecen. Hay mujeres rebeldes que pretenden imperar, y mujeres de apacible, afectuosa y tranquila docilidad.

Hay hombres iracundos y mujeres pacíficas. Hay hombres inofensivos y mujeres tan rencorosas que nunca olvidan y hasta se complacen en decirlo.

Hay, por último, hombres que matan y hombres que perdonan.

Y también mujeres que absuelven y mujeres que asesinan.

A los individuos es á quienes toca saberse aco- plar para que de la union no resulte un disparate. Un tonto ó un desgraciado no pueden reclamar á la sociedad que remedie sus desdichas; así como un

cojo, un ciego, un giboso no pueden pedir á sus semejantes que le den ojos y piernas ó le supriman la joroba.

En medio de esa interminable variedad de condiciones, caracteres, tendencias, instintos y gustos, no es posible hacer una ley que abrace en una sola receta todos los remedios especiales de cada caso particular.

La ley, como producto de esa unidad más perfecta llamada nacion, busca términos medios que conserven lo bueno y lo glorifiquen á fin de traer lo malo al mejoramiento gradual.

La ley no se hace para que sean felices el malvado, el hipócrita, el ruin, el falso, el iracundo, sino para que sean dichosos los buenos, los que viven amándose y trabajando juntos toda la vida, y para quienes se ha dado al matrimonio condiciones y formalidades que le revisten de cierto prestigio honroso, de cierto destello sobrehumano, condiciones y formalidades que podrán desaparecer cuando la humanidad se acerque á lo divino por mayor suma de ilustracion en la mujer.

Cuando ella no nazca sólo para ser casada, cuando sea tan independiente como el hombre, no podrá haber abusos reciprocos, porque la respetaremos y no nos tendrá mala voluntad. No habrá tampoco tantos crímenes ni tantas deformidades sociales como las que hoy os inquietan.

Entonces no existirá el matrimonio como único recurso de vida; entonces se engendrarán las simpatías sin presión; entonces no tendrá la mujer por único atractivo la belleza que se marchita, sino las cualidades que duran; entonces no será objeto de compra y venta; entonces no habrá necesidad absoluta del dinero, Sr. Girardin, para asegurarle la subsistencia, remedio que alcanza á pocos; entonces podrán poseer todas lo que á todas es asequible, y entonces y sólo entonces será dado fundar el matrimonio en la union de las voluntades, desapareciendo de la ley el precepto obligatorio, y llegando por el poderoso vínculo de la mutua adhesión á la verdadera indisolubilidad matrimonial, á esa aspiración que no sólo hace eternamente de dos cuerpos uno, sino que forma también de dos almas, de dos corazones y de dos inteligencias un sér que no puede ménos de sentirse feliz y de respirar constantemente la satisfacción que la Naturaleza ha dado en premio al cumplimiento de sus universales leyes.

Y este sér, cuyas mitades no han querido separarse en vida, aspira también á conservarse *uno* hasta en la muerte, como si algo hubiese que llamara á hacerlas partícipes de misteriosos y desconocidos goces.

Cuando en la morada de los muertos me paro ante una tumba de familia, y allí, recogido y meditabundo, contemplo lo que me rodea, no sé qué

poder incoercible me lleva á regiones etéreas donde mis ojos no ven lo que veían, ni mis manos palpan lo que palpaban, ni mis oídos oyen lo que oían, ni mis sentidos todos sienten lo que sentían, y donde mi pensamiento se cree próximo á sorprender la obra de Dios. Pregunto para qué fué criada la avecilla que viene á posarse tímida sobre el túmulo; pregunto para qué nació la flor que adorna el sepulcro; pregunto por qué el sauce en vez de elevar sus ramas al cielo las derrama como bendiciendo los despojos de mis semejantes. Quiero que aquel silencio se rompa, y en medio de mi éxtasis creo que me desprendo de la tierra y que alrededor de mí vuelan mil armonías indefinidas, y que el ave me habla, y que la flor me sonríe, y que el sauce me responde levantando sus ramas ante el mármol frío que se abre para dejarme mirar, y allí mis oídos escuchan una parte de la verdad, y mis manos recorren una punta del velo, y mis ojos ven una esperanza.

No puedes saberlo todo, me dice una voz misteriosa, porque no cumplirías los fines de tu vida terrenal; pero no en vano sale del germen la planta, del huevo el ave, del capullo la flor; no en vano tienes aspiraciones; no en vano naces, ni en vano mueres, ni en vano han abrigado un deseo de ultratumba las almas que se dejaron estos huesos aquí.

Y mis fibras entonces recobran la vida fortalecidas por el consuelo, en tanto que la tumba se cierra

y el sauce vuelve á inclinar sus ramas en forma de reverente plegaria.

Respetemos, pues, ese constante instinto de la humanidad que tiende á perpetuar la union del varon y de la hembra como obedeciendo á un decreto superior.

Y vosotros mismos cedeis á ese imperioso mandato y estais conformes conmigo.

Porque al fin y al cabo, si quereis unos la disolucion sin condiciones, si quereis los otros la libertad matrimonial con la maternidad por base, renuncio á pensar que es por egoismo y para tener más sumisa á la mujer, sino porque así creeis que habria ménos divorcios, así creeis que habria ménos separaciones, así creeis que serian más permanentes los enlaces, así creeis que sería el matrimonio más indisoluble.

FIN.



